

An aerial night photograph of a city, likely Mexico City, showing a dense urban landscape with illuminated buildings. The image is overlaid with vibrant, abstract paint splatters in shades of blue, green, and white, creating a layered, artistic effect. The title 'URBANO, DEMASIADO URBANO' is printed in a bold, black, distressed font across the center of the image.

# URBANO, DEMASIADO URBANO

**Javier Viveros**

**ARANDURÁ**  
EDITORIAL

## EL COBARDE DE LA LÍNEA 31

Sobre la Avenida Mariscal López, el ómnibus de la Línea 31 avanza seguro de su condición de bestia dominante entre la manada de acelerados automóviles. Alguien hace la señal de parada en una esquina (la calle perpendicular es Venezuela o quizá Pitiantuta). El vehículo suspende su marcha y acoge al pasajero. Es Nelson, quien ahora abona el pasaje y ocupa uno de los asientos disponibles. Hay una discusión en ese ómnibus habitado por dos mujeres (la inspectora de boletos y la otra con el celular pegado al oído derecho), un hombre con el quepis al revés, un policía, el chofer y ahora Nelson.

A pesar de la miríada de asientos disponibles, el policía está parado al fondo. El uniformado es pequeño

pero también flaco y está escuchando con atención las palabras que intercambian el chofer, el hombre del quepis al revés y la inspectora de boletos (que es la primera en su género en ejercer ese oficio en Paraguay). La batalla verbal, aparentemente, lleva algún tiempo de iniciada. Se percibe tensión en el ambiente, una tensión *in crescendo* bosquejada por el rugido ascendente del motor en marcha del ómnibus.

Por lo que se puede deducir, el chofer entregó un boleto previamente utilizado al hombre del quepis y cuando la inspectora realizó la verificación se dio cuenta del hecho y se lo reclamó al pasajero, y éste al chofer, en la típica reacción en cadena que suele armarse cuando de la adjudicación de una culpa se trata. El hombre del quepis al revés pagó el precio normal por el boleto y el chofer le dio uno previamente utilizado sin que el primero cayera en la cuenta de ello.

Es muy poco usual que un inspector le reclame algo al chofer, suelen estar ligados -cuando no por la amistad- por alguna suerte de regla no escrita de "cada uno a lo suyo". La inspectora habla ya muy poco y son ahora el chofer y el hombre del quepis quienes se conversan a través de un espejo apenas polvoriento.

El hombre del quepis al revés, ofendidísimo porque recibió un boleto ya usado antes por otro pasajero, grita al chofer que es un corrupto, un ladrón y un

sinvergüenza. La discusión sube varios tonos. La mujer del celular ha cortado la llamada o la han cortado del otro lado de la línea; lo cierto es que ya no habla y sólo observa la discusión y asiente levemente las palabras del hombre que lleva el quepis volteado. Nelson está sentado un par de asientos detrás del chofer y no vuelve la cabeza para mirar al que grita a sus espaldas. La perorata pro-ética sigue desarrollándose detrás de su cuello, el chofer contesta con algunas salvajadas no carentes de ingenio. Y el vaso se derrama.

El hombre del quepis salta de su asiento y va directamente a encarar al chofer. Le grita en la cara que es un corrupto y que es un ladrón. La situación se pone más densa, la tensión se hace ya casi palpable. En cualquier momento llegan a las manos. El hombre del quepis es grande, de corpulentos brazos. El chofer sigue conduciendo y responde de vez en cuando, hilvana algunas frases sin mirar al rostro de quien lo llama deshonesto. Y allí se hace presente el policía, el pequeño guardián de la ley se acerca al epicentro de la discusión y, en un español dubitante, pide al hombre del quepis que se calme. Debido a su ubicación, Nelson puede ver perfectamente la escena. También la mujer del celular, que está sentada a dos asientos de distancia pero al otro lado del pasillo.

Súbitamente, en medio del fragor de las palabras, el policía recibe un empujón y el chofer un puñetazo. La mujer del celular grita que se detengan. El policía sujeta al hombre del quepis por detrás y trata de inmovilizarlo. Con la cachiporra en la mano izquierda empieza a pegarle en las pantorrillas. La inspectora es una estatua; Nelson, una montaña de hielo.

—Pegame. A ver lo que podés hacer —grita el hombre del quepis al policía—. Si quiero aquí mismo te mato —agrega.

Como la cosa empeoraba, el chofer se sale de su ruta habitual e informa a los “señores pasajeros” que buscará la comisaría más cercana. Sin oírlo quizá, el hombre del quepis se libera del policía con un empujón fortísimo. Victoria momentánea en la batalla desigual. Mientras el policía se reincorpora, el hombre del quepis se dirige a los pasajeros y les enrostra su cobardía.

—Callados allí, sin protestar. No son humanos, ¡son animales!

La inspectora se levanta y dice una palabra que no tiene absolutamente nada que ver con el tema en cuestión. El hombre del quepis se acerca ahora a Nelson y a escasos centímetros de su cara lo llama cobarde.

—Vos sos un cobarde, ella es cobarde. Todos aquí son unos animales que aguantan ser pisoteados diariamente.

El hombre del quepis sigue cerca del asiento de Nelson y continúa hablando. El policía se acerca por detrás e intenta nuevamente asirlo. El hombre del quepis se resiste, el policía está por perder control de la masa de músculos que se mueve con rabia entre sus brazos. El policía mira a Nelson y le hace una seña para que lo ayude. La seña se hace sonora:

—Agarrale, *chera'a*.

Y Nelson, que se sabe cobarde como un avestruz, desvía la mirada. Aquí no pasa nada. La mujer del celular pide a Nelson, a viva voz, que haga algo, que sea hombre. Pero Nelson, que siempre quiso huir de las peleas, no está en ese ómnibus. Nelson contempla el paisaje que se desplaza a través de la ventanilla, impertérrito, mientras el forcejeo prosigue su alborotado curso. *Un hombre acosado por un acto de cobardía es más complejo y más interesante que un hombre meramente animoso*. La mujer del celular parece no estar de acuerdo con la frase porque levantándose del asiento, furiosa, grita a Nelson que intervenga, que se mueva, que ayude al policía. Nelson la contempla de reojo y parece reconocerla de algún lugar.



Vueltos una masa de brazos y piernas entreverados como en un cuadro de Picasso, el policía y el hombre del quepis se mueven hacia el fondo del ómnibus; el entrechocar de fuerzas continúa sin resolución. En una esquina, el chofer se ve obligado a detener la marcha, por orden del semáforo rojo. La ocasión es aprovechada por uno de los pasajeros para abandonar apresuradamente el vehículo por la puerta delantera. Cuando Nelson salta del ómnibus ve que el hombre del quepis, ya fuera de sí, pateo una de las ventanas y riega los cristales por el suelo. Desde la vereda, Nelson contempla los vidrios desparramados y presencia luego cuando el ómnibus emprende su marcha con su carga demencial.

No es que Nelson fuera una mala persona (al menos no más que el promedio). Era cobarde nomás, así como algunos son rubios o nacen de mal genio. Él era cobarde, había aceptado ya ese hecho y había aprendido a vivir con ello. De ser cierta aquella afirmación de un inglés de que un cobarde muere mil veces antes de alcanzar la muerte definitiva, Nelson era ya un marmóreo monumento a la Reencarnación. En la escuela huía de las peleas; prefería no contestar los insultos. Los *nambíro* los pasaba por alto, por temor a tener que cruzar los puños con otro, por miedo a que su anatomía terminara dañada como resultado de una confrontación física.

Al día siguiente Nelson puede ver otra vez a la mujer del celular, la que le había gritado dentro del ómnibus. La ve en la televisión y entiende por qué ese rostro se le había antojado conocido. La mujer del celular —embellecida ahora por la magia fraudulenta del maquillaje— es una de las presentadoras del noticiero y está hablando de la explosión de una garrafa en el Mercado Cuatro. Nelson busca el control remoto para cambiar de canal y detiene su búsqueda cuando oye la siguiente noticia, la que lo deja frío. El viaje en ómnibus del día anterior había terminado mal. Verdaderamente mal. El hombre del quepis había sacado un revólver, de tres balazos había dado muerte al chofer y había también herido al policía en el muslo izquierdo. Se veía en cámara al hombre del quepis, esposado, golpeado y ya sin su quepis. Estaba preso, pero la odisea rutera se había coronado de modo trágico.

—Por lo del problema de tu auto vos estuviste en ese ómnibus, compañera —dice el otro presentador del noticiero.

Y la mujer del celular afirma con la cabeza y empieza a narrar el episodio en todos sus detalles, una profusión de detalles de quien estuvo allí, un lujo de detalles superable tan sólo por la imaginación. Todo lo narra con lentitud y en el relato están el chofer y la inspectora, están el policía y el hombre del quepis. Y



también está él, también está Nelson. En el diálogo posterior entre los presentadores del noticiero se usan las palabras “cobarde” y “gallina”, y aparecen también las frases “omisión de auxilio” y “negligencia criminal”. La presentadora del noticiero, la mujer del celular, dice entonces que conoce al sujeto cobarde, que lo había visto en el programa de entretenimientos del canal, que ya solicitó la cinta a la gente de Archivo y que en la edición nocturna tendría novedades.

Y una vez apagado el televisor, Nelson teme. Y teme con razón. Porque al subir al ómnibus al siguiente día ve un papel con su fotografía pegado a las paredes del vehículo. El título dice “El cobarde de la Línea 31” y se narra abajo, en letras más pequeñas, la historia de su omisión de auxilio y se maltrata su hombría. Y el papel dice que está prohibido que suba, pero el chofer no lo reconoce porque es invierno y Nelson lleva bufanda y gasta gorra. Y entonces Nelson paga el pasaje y recibe una boleta temblorosa. Y se va para el fondo y a la cuarta o quinta cuadra de viaje toca el timbre y baja. Y piensa. Y se siente asediado. Y toma otro ómnibus, Línea 56, y también está allí el papel con su fotografía. El cobarde de la Línea 31. Y la historia en letras pequeñas. Omisión de auxilio. Poco hombre.

Nelson vuelve a su casa, enciende el televisor y ve que es ya una celebridad, una celebridad negativa. Su fotografía la sacaron de una cámara oculta en la que

había participado. En la calle Palma, una hermosa señorita preguntaba una dirección a los transeúntes y mientras recibía la respuesta se ponía a gritar como una desequilibrada y se filmaba en primer plano la desesperación trabajando el rostro del que recibió la pregunta. Las escenas luego se pasaban en un programa de humor, en el canal donde la mujer del celular presentaba las noticias. Nelson, que caminaba distraído, había manejado la situación de un modo bastante gracioso; en realidad primeramente se asustó, pero después pareció intuir algo y empezó a imitar los aspavientos de la señorita de una manera tan caricaturesca que la otra se puso a reír. Tuvo sus minutos de fama con ese episodio. Fue el ídolo del barrio durante un tiempo. Y de allí lo había reconocido la mujer del celular. Y con seguridad ella elaboró el papel con su fotografía e hizo distribuir las copias, organizó a las líneas de transporte para darle un castigo moral a Nelson.

Mala cosa esta de tener en contra a los medios de comunicación. El país está habitado de zombis que se nutren diariamente con los rayos catódicos del monitor de televisión. Y Nelson desespera. No podrá conseguir trabajo, piensa. En la calle le llaman cobarde. Una piedra rompe la ventana de su casa con el mensaje "Covarde de mierda, te vamos a matar". El barrio, antes pacífico, se vuelve un sitio hostil para él. No

podía salir a la calle porque recibía todo linaje de insultos. Pedía el servicio de *delivery* para su almuerzo, el repartidor traía el sandwich de lomito y al reconocerlo, luego de haber entregado el pedido y cobrado, lo ofendía sin miramientos.

Entonces Nelson decide venderlo todo y marcharse a España, donde tiene familiares. Madrid o Barcelona, poco importaba ya. El objetivo era irse del país, abandonarlo todo y recomenzar. El otro continente le daría la bienvenida. Y así lo hizo. Nelson todo lo vendió, se compró un pasaje y voló a España. Quedaría allí por unos años, hasta que la poca memoria del pueblo paraguayo realizara su trabajo y pudiera hacer nuevamente *tabula rasa*.

Tras soportar las inacabables horas de un vuelo transoceánico, Nelson llegó al aeropuerto de Barajas un 31 de marzo. *Y le fue peor, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar y no de vida y costumbres.*

*Dakar, julio de 2008.*

## LA CHIRIPA

Ramírez es joyero y está de zozobra. La congoja lo tiene de blanco por estos días. Un juguete del desasosiego. Ramírez siente que el tiempo se alarga, es consciente del paso de cada minuto que estira su sufrir como una máquina de tortura de la Edad Media. Ramírez. Hay siempre una semana al año en la que la espesura del pasado se instala en su presente, una semana en la que tiembla como un poseso y orbitan su cabeza el temor y el terror. Compra todos los diarios. Y, atropelladamente, los lee. Recela encontrar una información menos vaga que las de los años anteriores. Tiene miedo de hallar una noticia con más datos que las nubes acostumbradas, una noticia donde las certidumbres superen a las conjeturas e imprecisiones.

Ramírez teme que hablen de él, que hagan demasiado ruido con su nombre, que algún periodista investigue más a fondo y encuentre documentos o testigos que prueben el hecho de manera incontestable. Teme un reclamo centroamericano.

Ramírez, hombre entrado en años, de miserable pasado, presente venturoso y cuatro niños que lo llaman padre. Lo vemos caminar en dirección a su casa, con el brazo derecho aprisiona los periódicos comprados en el kiosco. Cada paso que da incrementa su pesar. Siente el arrepentimiento por haberse ufano en la ronda de amigos cuando recibió el pedido aquel:

—Si el mismísimo Presidente de la República recomienda mi trabajo a otros poderosos quiere decir que soy el mejor joyero de Luque, o sea del Paraguay.

No lo podía evitar, era propaganda para su joyería y para él mismo. Los amigos y colegas supieron que había recibido de aquel militar extranjero una buena cantidad de oro para ser trabajado, ese pez gordo que nadaba muy lejos de su estanque originario le había encomendado su precioso metal.

\* \* \*

La caravana transita la Avenida España. Todo es normalidad. Hileras de autos circulando por ambos

carriles. Bocinazos esporádicos, el endemoniado aroma de los caños de escape. Vemos a un lujoso Mercedes Benz blanco en el cual viaja el general extranjero y detrás, infaltable, el automóvil con los custodios. No es cuestión de descuidar la seguridad. Hay que ser precavidos porque el rencor es el motor de innumerables acciones. Aunque en el Paraguay de Stroessner la seguridad está garantizada, todo está controlado. El Gran Hermano todo lo ve, nada se le escapa. Hay espías de peludos pies esparcidos estratégicamente para cubrir por completo el territorio patrio.

Mientras tanto, sobre la misma Avenida España, en la casa de Julio Iglesias todo está también preparado. En la mente de Enrique está contemplado cada detalle. También todo está bajo control. Los planes para ejecutar la misión están desarrollándose de manera magnífica. En la casa alquilada falsamente a nombre del cantante español siguen practicando, repasando el plan hasta en sus detalles más insustanciales. Qué pasa si... Hacemos esto. ¿Y si pasara esto? Procedemos así. Enrique reitera a su gente que el momento se acerca, les reafirma que la misión es un ajedrez donde se apuesta la vida y que por ello ni un solo cabo puede quedar al arbitrio del azar.

En el asiento trasero de la limusina Mercedes Benz, el general foráneo conversa con su acompañante. Las

propuestas de nuevos negocios amarran su atención. Hay proyectos de bienes raíces, de pozos petrolíferos y minas de diamantes. El interior del automóvil es un hervidero de ideas. Se habla de empresas, de acciones. Se mencionan millones de dólares y operaciones bursátiles, se habla de fondos de capital de riesgo, de retornos de inversión, de exenciones impositivas. Se citan paraísos fiscales y nombres de bancos de pronunciación complicada. Dentro del vehículo todo es número, como para Pitágoras. La caravana sigue su avance sobre el pavimento asunceno.

\* \* \*

Ramírez tiene un acabado dominio del oficio de manipular el oro. Sus manos conocen cómo derretirlo y darle forma. Lo saben fundir para hacerlo renacer de sus cenizas, colocando las moléculas en otra posición. Ramírez está orgulloso de su oficio. Unas semanas atrás había venido ese militar extranjero a solicitar su arte, recomendado por el propio Stroessner, el dictador que asfixiaba al país ya por más de un cuarto de siglo. Ramírez no podía fallar. Fueron días de intensa dedicación y escaso sueño. Pero habían valido la pena. Sus ojos contemplaban ahora el trabajo concluido. Los lingotes de oro eran ya parte del pasado. Ahora, reagrupadas, sus moléculas formaban un grande y precioso collar y dos pulseras de alta



majestad. Genuino arte luqueño. El oro que en este momento siente la textura de la mano de Ramírez, pronto conocerá la de la mano militar, la mano que ha empuñado el sable, la del saludo marcial, la mano que ordenaba.

Ramírez está en la ciudad de Luque, contempla su trabajo con orgullo y completamente ajeno al conocimiento de que en Asunción, a pocos kilómetros de allí, está por suceder algo que marcará para siempre su destino. La caravana del general será interceptada. El grupo B se encontrará con el grupo A. Encontronazo. Ramírez ignora que ese día le deparará una alegría casi nicaragüense.

\* \* \*

Pasados varios minutos de las diez de la mañana del 17 de setiembre de 1980 la Operación Reptil, que tenía a Asunción como escenario de operaciones, alcanza su epicentro.

—¡Blanco, blanco! —brama el *walkie-talkie*.

De súbito, una camioneta se cruza transversalmente sobre la Avenida España y hace que se detenga la caravana del general extranjero. La bazuca señala al automóvil, pero el cohete queda atragantado en el tubo. Enrique contempla la mudéz de la bazuca y entra en acción, inmediatamente rocía al vehículo con su

verborrágico fusil de asalto M-16. Se porta bien el arma, tartamudea su fuego con precisión hasta vaciar el cargador. Treinta disparos telegrafían agujeros por doquier con su Morse mortal. De súbito, la Avenida España es un estruendo que rompe la mañana. La atrabiliaria bazuca RPG-2 pide revancha y escupe su ígnea rabia, levanta metales, despelleja, descapota, quebranta huesos, quema la piel, desfigura y esparce las vísceras civiles y militares hacia todas las direcciones como la propiedad isotrópica de la luz. El líder, Enrique, escapa con los suyos después de aureolar de éxito la misión. El motor de la limusina Mercedes Benz no se ha enterado de nada: sigue latiendo.

\* \* \*

Ramírez llega, al fin, a su casa con la multitud de diarios de la fecha. Su zozobra sigue, y seguirá aún por unos días. Ramírez sabe que pocos le creyeron cuando contó que habían venido a retirar el pedido la noche antes. Casi nadie le creyó y menos aún cuando con el correr de los años su casa fue creciendo hacia arriba y su joyería se convirtió en la mejor de la ciudad.

Ramírez continúa en zozobra. Teme ver aparecer su nombre en los diarios. El rumor puede ser perjudicial para todo lo que ha logrado. Sabe que deberá aprender a vivir con ello durante el resto de su

vida, irá pagando en cuotas anuales el áureo presente del destino, su mágica chiripa. Sufrirá y sobrellevará esa semana con paciencia, porque tampoco ignora que dentro de unos días los periódicos se olvidarán nuevamente del tema y las cosas volverán a la normalidad hasta el próximo año.

En segundos más, Ramírez ocupará el sofá y hojeará los diarios. Y verá allí las mismas fotos de cada año: el Mercedes Benz descapotado de un bazucazo, los cuerpos descoyuntados a balazos, la cara ensangrentada del general Anastasio Somoza Debayle, su involuntario benefactor, muerto por un comando revolucionario liderado por Enrique Gorriarán Merlo e incapaz por ello de retirar el trabajo solicitado a su taller de joyas.

*Accra, agosto de 2009.*

## CINTURÓN COHETE

Odio los hospitales. Pero estoy yendo nuevamente a uno, voy a visitar a Eric. Hay algo altamente incompatible entre los hospitales y yo. Somos polos opuestos. Entro al edificio y veo unas pocas personas sentadas en las sillas, y un número mayor de ellas, paradas. Todas aguardando ser atendidas. Cada una esperando que su nombre sea el siguiente que pronuncie una enfermera que entreabre, con evidente desgano, una puerta de madera. Durante la espera pocos hablan y si lo hacen el volumen es bajo, casi susurros. Hay gente pensando en la enfermedad de los suyos o en la propia. Se ve la vida reflejada a duras penas en algunos ojos, unos ojos que muestran ese

aferrarse a la vida cuando la vida es lo único que resta. Y la espera. La infinita espera. Siempre la espera.

Subo hasta el cuarto piso a través de unas viejas escaleras, y entro a la habitación donde lo tienen. Nadie custodia la pieza. En la cama, Eric duerme y es una momia, está envuelto en yeso y conectado a algunos aparatos. Veo desparramadas en la mesita de luz algunas revistas de aviación. De las que siempre leía, revistas que traen historias del combate aéreo, los nuevos modelos de cazabombarderos, avances en la tecnología aeroespacial, entrevistas a pilotos y constructores. Evoqué la imagen de un jovencísimo Eric paladeando esas revistas de tapa gris-azulada. En la cabecera de su cama, una bandera de Cerro Porteño, su otra pasión.

El paciente está dormido y es mejor no despertarlo, señor. La enfermera es poco agraciada físicamente, pero una sonrisa final la redime por entero. Asiento con la cabeza, coloco el regalo que traje en la mesita de luz y, lentamente, abandono la pieza. Volveré otro día, digo antes de cerrar la puerta. Y es allí cuando decido dejar de jugar al fútbol con los amigos del barrio, repentinamente tomo esa determinación, pienso en mis huesos y ruego que el calcio sea suficiente, decido no volver a arriesgar el físico en los partidos carniceros de fin de semana. Al salir veo otra vez a las personas en la sala de espera, atravieso la

puerta y me siento feliz. Es egoísta pero es así, siento una burbujeante felicidad de que mi visita al hospital no sea como inquilino, siento alegría por estar vivo, por estar sano. Es la felicidad por contraste. La alegría por contexto.

Eric y yo fuimos compañeros en el Colegio Don Bosco del Km. 16, en Minga Guazú. Amigos, lo que se dice amigos, nunca lo fuimos. Compartíamos aula pero estábamos en grupos diferentes. Cosas así suelen suceder. Él tenía una beca de la Presidencia de la República, sus calificaciones eran muy buenas. Pero eso no parecía esforzarle ni importarle demasiado. Lo suyo era el vuelo. Desde que lo conocí lo tuve asociado con todo lo que guardara relación con el aire. Era un fanático del aire, hacía volar pandorgas, su cuaderno estaba repleto de dibujos a mano de aviones cazas MIG-29 y F-16, cuando no estaba la profesora tiraba aviones de papel en la clase, los clásicos aviones de papel pero con minúsculas innovaciones en su diseño para prolongar el tiempo de permanencia en el aire. En su grupo le decían Eric Pájaro, o simplemente Pájaro. Yo lo llamaba Eric, como para guardar distancia, nunca Pájaro. Para el trabajo final de Taller, en el primer año, Eric presentó un helicóptero hecho con palitos de helados *picolé*, unidos con pegamento. Le había agregado un pequeño motor, una gran hélice y el portapilas (construido también de palitos) estaba

colocado en la parte posterior. Era un diseño muy original.

Por más que éramos de grupos distintos, yo sabía muchas cosas de él. Sabía que su familia era de clase media-baja, que venía a ese colegio privado porque sus calificaciones escolares verdaderamente ameritaban la beca, sabía que su sueño era convertirse en piloto y que algo en sus genes lo predisponía a desafiar la gravedad. Terminado el colegio le perdí por completo el rastro. Yo terminé la Licenciatura en Letras en una universidad del Barrio Sajonia donde la sola asistencia era el camino al título, y la mediocridad en el cuerpo de profesores era el factor común con escasísimas excepciones. Mediocridad en metástasis, motivada en gran medida por el carácter prácticamente vitalicio de los cargos, obtenidos éstos usualmente por amistad o parentesco cuando no por favores sexuales sin camuflaje.

El sueño de Eric era convertirse en piloto, así que imaginé que al acabar la secundaria se había metido a la Academia Militar. Durante mucho tiempo no supe nada de él. En una reunión de ex compañeros de colegio alguien soltó que Eric andaba por España, había ido a trabajar como tantos otros. El efecto retardado de la conquista de América, según algunos retóricos incurables. Colón vuelto *kue*, según el Diario Popular. La noticia fue cobrando veracidad cuando en



lugar de su vieja casita la madre de Eric empezó a levantar una imponente mansión. Era notorio que llegaban los euros desde la madre patria. La mansión contrastaba terriblemente con las edificaciones vecinas.

Rendido por la nostalgia, Eric volvió a Minga Guazú. Regresó, luego de siete años de estancia en el Viejo Continente. Se expresaba ahora con un acento peninsular. Su habla estaba repleta de préstamos léxicos y calcos sintácticos. En medio de su discurso podía de repente introducir términos como mogollón, coño, chaval. Hablaba de tú pero en ocasiones conjugaba el verbo como en el voseo. El suyo era un boxeo lingüístico. Se había deslomado en Barcelona, había ejercido diversos oficios, desde la albañilería hasta el lavado de copas, pasando por la jardinería, el cuidado de ancianos y la gerencia de un local de comida rápida. Ahora venía con dinero ahorrado y traía una idea de negocio. De estas cosas me enteré por él mismo, directamente de la fuente, en una tarde que nos encontró, por casualidad, en el sector de Preferencias del estadio del Club 3 de Febrero, durante el entretiempo.

Eric había visto en Europa un cinturón cohete, lo vio y fue un caso de amor a primera vista. El equipo estaba compuesto de un traje especial, casco, anteojos y en la espalda se portaban los tanques de combustible. En la parte delantera dos botones permitían controlar

con las manos la operación. Con el cinturón cohete podía uno volar, elevarse hasta cincuenta metros y desplazarse en el aire durante un corto tiempo. Era algo que habíamos visto en *Minority Report* y en varios dibujos animados de nuestra infancia. De Europa, Eric se había traído uno de esos trajes movidos a peróxido de hidrógeno e hizo una demostración durante la celebración folclórica de junio.

No fue algo que se haya concertado con el colegio donde se celebraba la fiesta de San Juan, simplemente a la hora del palo encebado, mientras los *kambas* trepaban el *yvyra syi*, Eric salió de uno de los baños vestido como un hombre-rana, gritó "ignición", presionó un botón, se elevó hasta la cima del palo y agarró los premios que aguardaban ser rescatados. Luego bajó y todos quedaron extrañados y en silencio. No faltó después la lluvia de aplausos pensando que era parte del show. A continuación, Eric tuvo un altercado con los *kambas*, quienes con gritos y aspavientos lo acusaban de tramposo. Lo rodearon, estaban a punto de golpearlo cuando Eric presionó otra vez el botón de su cinturón cohete y la nube de humo formada por la combustión hizo correr a los *kambas*. Yo no fui a ese San Juan, pero me lo contaron. Las noticias de esta naturaleza siempre vuelan.

Ese fue su bautismo de fuego. El traje volador de Eric fue la sensación de Minga Guazú. Las familias

más acaudaladas lo contrataban para que volara en los cumpleaños infantiles. La noticia se fue expandiendo a otras localidades. Todos recordamos todavía el reportaje que pasaron en el noticiero del Canal 9. Empezaron a llegar los pedidos de vuelo desde San Ignacio Guazú, Paraguarí, Coronel Oviedo, Santaní. Eric fue ganando mucho dinero con sus exhibiciones aéreas. Fue así que un día decidió contratar a Apepú, un verdadero experto en la jineteada. En todo lugar siempre hay una o dos personas que son diestras en colocar apodos. A Apepú le decían así porque su rostro estaba sembrado de diminutos cráteres y protuberancias, como una naranja agria. Apepú fue entrenado por Eric en el uso del cinturón cohete, demostró ser un buen alumno y aprendió, literalmente, al vuelo. Eric se convirtió en empresario. Recibía los pedidos, cobraba y era Apepú el que vestía el cinturón cohete para elevarse por los aires. Su idea era reunir suficiente dinero para comprar más trajes y alquilarlos a los enemigos de la gravedad (que a esa altura ya eran legión). El club de vuelo que pretendía fundar se llamaría, por supuesto, Pájaro.

El primer pedido verdaderamente grande que recibió Eric venía de la capital del país, del ámbito futbolístico. El Club Olimpia había ganado una vez más la Copa Libertadores y tenía un enfrentamiento en el torneo casero con Cerro Porteño, su eterno rival.

Pidieron a Eric que hiciera un vuelo por sobre el sector norte del Estadio Defensores del Chaco, donde se ubicaba la barrabrava cerrista, y que, luego de cruzar de largo el campo de juego, aterrizara entre la hinchada olimpista con una imitación de la copa recientemente obtenida. Era parte de la celebración pero era también puro delirio exhibicionista. Luego de dudar un rato, el trabajo fue aceptado. Esta vez era algo más allá de los colores, era trabajo y Eric cobraría una suma verdaderamente fuerte por su realización.

En las primeras horas de ese domingo, junto a su fiel escudero Apepú, Eric condujo su Toyota *Land Cruiser* hasta Asunción. Llegaron a la capital cuando rayaba el mediodía. El trabajo no entrañaba demasiada dificultad. Apepú partiría desde la calle asfaltada que está detrás del Sector Norte del estadio, volaría por sobre la hinchada cerrista, a una altura prudente para no ser alcanzado por alguna naranja o bolsa de orina, cruzaría por sobre el mediocampo y aterrizaría como un héroe en un sector claro que la hinchada olimpista -previamente amaestrada para ello- dejaría. El asunto estaba bien planificado.

La gente se preguntaba a qué se debía ese claro cuadrado que se trazaba en medio de la barrabrava de Olimpia. Con un aerosol fosforescente estaba señalado un cuadro que nadie debía pisar. Esa era la orden de la dirigencia, orden transmitida al resto de

la hinchada por el jefe. El inicio del partido estaba previsto para las tres de la tarde. A eso de las dos, Eric y Apepú abandonaron las inmediaciones del estadio y fueron a almorzar. Por los nuevos gustos de Eric lo que se imponía era comida española. Fueron a un restaurante internacional que quedaba sobre la Avenida Perú. Apepú saboreó por vez primera una paella de mariscos de magnitudes palaciegas. Su boca albergó por primera vez los frutos de mar, el camarón, las almejas. Todo ello mojado por una moderada cantidad de sangría. Al terminar, Eric pagó la cuenta y fueron a prepararse para el trabajo.

Volvieron al Barrio Sajonia, se instalaron en un bar ubicado detrás del Sector Norte del Estadio. Apepú tenía que hacer el trabajo al terminar el primer tiempo del superclásico. Eran recién las tres y veinticinco minutos. Todavía faltaban veinte minutos más el descuento, cuando Apepú empezó a ponerse amarillo y a mostrar síntomas de malestar estomacal. Mediterráneo y plebeyo, su estómago no estaba acostumbrado a los manjares marinos. Mediterráneo y aislado, el país tampoco podía tener mariscos demasiado frescos. A gran velocidad, Apepú fue al baño del bar y se vació los intestinos en el inodoro. Al regresar, seguía pálido y le dijo a Eric que era necesario suspender el vuelo porque no se encontraba en condiciones, se sentía pésimo.

Los ánimos estaban encendidos. El árbitro había pasado por alto un claro penal a favor de Cerro y con dos expulsados por bando no era necesario agregar mucho más para ilustrar lo que se estaba viviendo en el terreno de juego. Sólo restaban tres minutos para acabar la primera mitad, Apepú estaba definitivamente fuera de combate y Eric no paraba de cavilar. El juez del partido indicó dos minutos de tiempo extra. Y allí nomás Eric se decidió, tomó el traje y fue al baño del bar, se vistió, agarró la imitación de la Copa Libertadores y se dispuso a tomar vuelo. Él había sido el pionero, así que todo debía marchar bien, no podía permitirse perder el dineral que le pagaría Olimpia, no podía arruinar la fiesta de consecución de la copa con ese regalo que la dirigencia franjeada había preparado para sus fanáticos (éstos sólo sabían que debían dejar ese espacio, ignoraban para qué).

En la radio del bar, Eric oyó que el árbitro marcaba el final del primer tiempo. Salió entonces a la calle, los vendedores de asaditos y DVDs piratas lo miraron como a un extraterrestre. Eric presionó el botón y se elevó por los aires llenando de sorpresa los rostros de los mercachifles. Se elevó y alcanzó la altura necesaria para pasar encima de la gradería donde los cerristas habían cesado en sus cantos y estaban entregados a comprar rocosas chipas, pororós insulsos, hamburguesas patógenas y lácteos espirituosos. Se

elevó Eric y ya sea porque se había levantado con el pie izquierdo, ya sea porque con el tiempo de inactividad había perdido práctica, por Ley de Murphy u otra combinación de factores adversos, pareció caracolear un buen rato en el aire, colear como una pandorga, parecía que había perdido el control del cinturón cohete, pero luego pudo estabilizarlo. Yo miraba atónito las imágenes en el televisor, porque el clásico lo transmitían en directo para el interior del país. Aunque Eric pudo estabilizar el cinturón cohete, éste tenía poca autonomía, el combustible se acababa rápido y se había consumido bastante en las maniobras de estabilización, así que quiso su mala fortuna que mientras todavía volaba por sobre la gradería norte vestido con la camiseta de Olimpia, se le acabara el combustible en pleno vuelo y aterrizara con violencia sobre unos cuantos aficionados cerristas. Éstos sintieron repentinamente el aire caliente sobre sus cabezas y el brotar de gritos de algunas mujeres que estaban en el mismo sector.

La escena era muy llamativa. Gracias al *zoom* de las cámaras, en el televisor se vio de repente una camiseta de Olimpia en medio de un mar de camisetas azulgranas. El susto inicial de los cerristas cesó, y entonces empezaron a arrinconar al intruso. En realidad no veían a Eric, no les llamaba demasiado la atención el traje de hombre-rana ni los tanques de



combustible en la espalda, ellos sólo veían esa camiseta olímpica que había aterrizado en sus dominios y atacaron. Eric empezó a recibir puñetazos, latas de cerveza, puntapiés y todo linaje de golpes hasta perder la conciencia. Los Cascos Azules tuvieron que intervenir para frenar la barrabasada de la barrabrava. La Copa Libertadores de madera y los restos del cinturón cohete quedaron desparramados en el Sector Norte del estadio. Los detalles de lo ocurrido me los narró Apepú, quien volvió a Minga esa misma noche en un ómnibus de Nuestra Señora de la Asunción. Eric, en cambio, fue llevado a Emergencias Médicas, donde le aguardaba una larga estadía. Se habló después de politraumatismos y fracturas de nombres altamente retóricos.

El superclásico terminó cero a cero.

## MISTERIO JFK

*Para mi alero Khuen How Ng.*

Este no es un cuento, Magritte, no lo es.

Si hay un país donde abundan las entidades extrañas, ese país no puede ser otro que Estados Unidos de América; nación repleta de asociaciones creadas por millonarios excéntricos —cuando no irremediablemente dementes— que no saben con exactitud qué destino dar a sus bien calculadas fortunas. Nombres como *Sociedad para la Protección del Pingüino Zurdo* y *Vegetables Rights Foundation* pueden dar una idea de lo que estoy diciendo. Una de esas fundaciones me extendió una invitación para participar de un congreso de literatura que se llevaría

a cabo en esas tierras norteñas. Mi parte consistía en preparar un texto “científico-literario” y leerlo en el evento; el escrito sería el trampolín para disparar *a posteriori* las discusiones con la concurrencia. Los invitados eran “escritores que en algún fragmento de sus obras involucraron de uno u otro modo aceleradores de partículas”. Yo había hecho alguna mención en el relato de un libro primerizo, puedo evocar vagamente aquella oración donde el acelerador de partículas aparecía en una metáfora demasiado forzada. Recuerdo con poco cariño a ese cuento del que tan sólo podía rescatarse el ritmo acompasado que imponía a los párrafos la música de marcha militar de las esdrújulas.

La invitación lo cubría todo: pasajes (código de reserva Amadeus: 3M2F87), hotel, viáticos y una carta de la organización que me aseguraría la visa de entrada al país. El congreso tendría una semana de duración. Todo pagado en la mágica isla de Manhattan, donde la Fundación “*Rima de Quarks*” tenía su sede. No encontré motivo alguno para rechazar esa oportunidad. Me metí a *Google Earth* e imprimí mapas de los lugares que me interesaría visitar en la Gran Manzana. Preparé mi texto (título: Basho y los agujeros de gusano), coloqué ropa y ejemplares de mis libros (para intercambio) en una maleta y emprendí el viaje. Luque-São Paulo-New York. Llegué al Aeropuerto

John F. Kennedy de la Ciudad de Nueva York en plena madrugada; un automóvil me llevó de Queens a Manhattan, hasta el hotel que me habían reservado: The POD Hotel. Era un edificio coqueto donde todo estaba minimizado; el espacio reducido de la habitación tenía demasiado de celda pero sin perder un ápice de elegancia. Un hotel digno; pequeño, pero que podía gloriarse de su ubicación en el centro mismo de Manhattan: el Midtown.

Al día siguiente asistí al congreso. Todo salió muy bien. Las lecturas se sucedieron con absoluta normalidad. Escritores casi tan desconocidos como yo hablaban, con admiración, de sus obras; hubo odas a la Ciencia y a la Literatura. Se habló —con más entusiasmo que conocimientos certeros— de gravedad cuántica, de narrativa hipertextual, del bosón de Higgs, las anomalías de las *Pioneer* y de juegos de palabras con neologismos cibernéticos. Lo de siempre. No profundizaré en detalles puesto que carecen de toda relevancia.

Como era mi primera vez en la ciudad que nunca duerme, aproveché la ocasión para hacer lo que todo turista. Central Park, Isla de la Libertad y la estatua cornuda. MOMA y Museo Metropolitano (¡Oh Renoir! ¡Oh Monet!). *Bronx Zoo* y *Ellis Island*. *Madison Square Garden* y *Rockefeller Center*. *Brooklyn Bridge* y *China Town*. Postal nocturna de la ciudad desde la cima del

Empire State. Guggenheim. Un partido de la NBA (jugador de la semana: David Lee de los NY Knicks). Tour *hop-on hop-off* a través de Brooklyn, Queens, Harlem. *Phantom of the Opera*, en Broadway. *Times Square* y la luz como protagonista. La hipermodernidad de Lipovetsky. Nueva York, la gran ciudad con todas sus galas. “Fácilmente batida por Tokio”, según una amiga que estuvo allí. Los mapas que había impreso con *Google Earth* no tuvieron la exactitud que me esperaba de parte de la empresa californiana, mas ello no pasaba de ser un detalle insignificante dentro del contexto de todo lo vivido en la capital del mundo. El congreso llegó a su fin y era imperativa una vuelta a la rutina. Había resultado estupendo pero ahora tocaba regresar.

Llegué al Aeropuerto John F. Kennedy (código IATA: JFK), en Queens, a las cuatro de la mañana. El vuelo de regreso era otra vez con Delta Air Lines (código: DL) y estaba programado para las 06:30 horas. Involucraba conexiones en Atlanta y São Paulo para finalmente llegar a Luque, Paraguay. Delta Air Lines tenía unas máquinas (*kiosks*) que permitían al pasajero imprimir su pase de abordar sin tener que recurrir a los funcionarios de la aerolínea. Me acerqué a una de ellas y leí que recién a partir de las 5 am podría uno empezar a utilizarlas. Me di entonces a la espera. Al pasar unos minutos de las cinco de la mañana me

acerqué nuevamente al kiosco, crucé el pasaporte a través de la banda lectora y completé los datos de mi billete electrónico. El 23 de enero, a las cinco horas y siete minutos de la mañana, tuve ya en mis manos el pase de abordar, según los datos que veía en la pantalla.

Ya estaba todo listo. Era cuestión de esperar a que se iniciara el abordaje. Pero llegaron las seis de la mañana y no vi a ninguna otra persona. ¿Seré el único pasajero?, me pregunté con sorna. El personal de la aerolínea tampoco se dejaba ver. ¿Estaba mal mi reloj? Miré la hora en mi muñeca izquierda y la comparé con la indicada por el celular. Estaban sincronizadas. Fui al kiosco de impresión automática de pases de abordar y vi que la hora era correcta. Pasaba el tiempo y nadie aparecía. Me encontraba en uno de los aeropuertos más importantes del mundo y parecía el único ser que deambulaba en su interior. Afuera, el frío de enero devastaba la ciudad. Adentro, la incertidumbre me devastaba a mí. ¿Qué estaba pasando?

Seguí esperando, pero Godot no asomaba. Los relojes avanzaban. Podía ver que la hora continuaba su marcha en las pantallas de los kioscos automáticos de impresión de *boarding pass*. El aeropuerto más transitado de los Estados Unidos y no se podía contabilizar dos almas en el lugar. Algo andaba mal.

Dejé mi enorme maleta frente al mostrador y empecé a recorrer las instalaciones. Las ventanillas de Atención al Cliente se mostraban vacías. Me metí al otro lado del mostrador de Delta: papeles para completar, formularios de migración. El resto era silencio. Sólo el zumbido liviano de algunos tubos fluorescentes servía como banda sonora a mi desesperación. No se oía tráfico de aviones en el exterior. Todo parecía abandonado. Desierto. Era como si un rayo mortal los hubiera desintegrado a todos y ese rayo desgraciado se hubiera olvidado de mí. Justamente de mí. Creía estar dentro de una novela de Saramago, donde el único ciego era yo; donde sólo a mí me estaba negada la visión de los demás y la percepción del fluir del mundo exterior. Las horas pasaban, el hambre que jugueteaba en mi estómago podía atestiguarlo. Fui a sentarme a un banco y me tomé la cabeza.

—¿Qué diablos está pasando? —grité.

Mi desesperación iba en aumento. ¿Volvería a ver la tierra roja de mi patria? En mi reloj y los del aeropuerto dieron las cuatro de la tarde. Seguí recorriendo la Terminal 2. Gané la calle y fui caminando hasta la Terminal 3, también operada por *Delta Air Lines*. En el exterior del edificio el escenario era el mismo. Desolación. Tan sólo la monocorde música de la soledad se paseaba por las vías del

monorriel *AirTrain*. Continué mi camino y de repente ¡aleluya! Vi a un mendigo durmiendo en el corredor de la Terminal. Un compañero, otro individuo como yo habitando la incertidumbre. Un compinche. Los dos únicos seres que éramos en el tercer planeta. Estaba envuelto en papel diario y unos aplastados cartones le hacían de colchón. Me aproximé.

—*Tell me, my friend, what is going on? Where are all the people? What is going on?* —me oí decir con un inglés impregnado de ese acento latino que suelen tener los traficantes menores en las películas de Hollywood.

—*Ragnarök* —masculló el mendigo, mirándome con unos ojos lentos que bregaban por enfocarme entre la legaña.

—*Ragnarök* —repitió, y tuve la sensación de que el pordiosero había cumplido su misión en el mundo, como si hubiera sido concebido tan sólo para protagonizar ese momento en que debía pronunciar tres sílabas ante un turista carcomido por las preguntas—. *Ragnarök* —dijo lentamente, paladeando la palabra, y señaló el cielo ennegrecido con una mano donde las uñas se mostraban como recientemente decapitadas a dentelladas—. *Ragnarök* —dijo por última vez, antes de darme la espalda y volver a dormirse como si nada sucediera. “Maldito seas”, le grité y me dirigí a la Terminal 3, donde el paisaje era



idéntico al de la terminal anterior. Vi el mismo abandono y mi desesperación fue la misma. La misma, pero no exactamente la misma sino más grande. Acrecentada por aquel misterioso *ragnarök* de mi coexistente. Decidí regresar a la terminal anterior. Nuevamente la calle de aceras ateridas. El viento impío y sus cuchillas. Al volver sobre mis pasos noté que el mendigo ya no estaba donde lo había dejado. No estaban sus cartones ni estaba el papel diario que minutos antes lo aislaba del frío neoyorkino.

Me estaba volviendo loco. Arrastrando mi maleta a toda prisa volví a la Terminal 2, donde debía hacer el *check-in*. Todo fue un angustioso *déja vu*. Solamente la hora había cambiado en ese lugar. *Ragnarök*, había dicho el pordiosero. Yo no había visto mendigos en Manhattan. Quizá aquí en Queens fueran comunes. *Ragnarök*. ¿Pero qué podía tener que ver la batalla final entre los dioses de la mitología nórdica con que no pudiera volver a mi país? ¿Qué relación podía haber entre Odín y la desaparición masiva de pasajeros y personal de aeropuerto? El *Valhala* de mi patria alejándose más cada segundo, como una galaxia espiral. Ese 23 de enero se volvía más atroz cada vez, se hacía cada vez más intenso en mi memoria; fecha grabada a fuego. Eran ya las once y media de la noche, pronto sería el 24 de enero y yo estaba todavía allí entregado a las garras de lo absurdo, viviendo esa

realidad guionada por algún loco. Me acurruqué en uno de los bancos y caí derrotado por el sueño, rendido ante el esfuerzo terrible de pretender racionalizar lo insano que me estaba sucediendo.

Desperté al oír pasos y voces. Con tan sólo un pie y medio en la vigilia contemplé a la gente haciendo fila frente a los kioscos, imprimiendo sus *boarding pass*, arrastrando su somnolencia, su prisa y sus maletas. Personas, desplazándose en todas las direcciones. De repente todo estaba bien de nuevo. Normalidad. La vida volvía a moverse. Alguien había oprimido el botón *play* de la existencia. Recordé haber olvidado mi pase de abordar sobre uno de los mostradores en la otra terminal. No quería ir a buscarlo por lo que, rogando que la computadora me permitiera imprimir otro, fui corriendo hasta el kiosco. Para mi sorpresa, lo imprimí sin problemas. Y allí el misterio. La fecha no era 24, como cabía esperar. La fecha impresa en el papel indicaba que era el 23 de enero y que eran las 4:41 horas de la mañana. Yo tenía el cansancio acumulado de un día entero. Y sin embargo, según la fecha del pase de abordar, ese día recién empezaba. Pregunté qué día era a un melenudo jovencito que vestía una camiseta con el logo de Metallica y escuché, con horror, la respuesta:

—*January 23, man. Friday.*

No quise entender nada. Con el pase de abordar en la mano hice el *check-in* y me uní luego a una fila para atravesar el área de Migraciones. Pasé. Gané la zona de embarque. New York-São Paulo-Luque. Llegué a casa en las primeras horas del 24 de enero. El día se había congelado para mí, me tocó interpretar el involuntario papel de un Josué del siglo XXI. Hasta antes de escribir este cuento —en un intento de exorcizar ese fragmento irresoluto de mi ayer— no había comentado a nadie el episodio. Me habrían considerado un trastornado. Me he convencido a mí mismo, como un modo de escapar de una segura demencia, de que todo no ha sido más que una avería momentánea en mi percepción del tiempo, debido tal vez a los efectos del estrés al que estaba sometido en aquel entonces. Pero en mi fuero interno sé bien que no se debe a eso. Sé bien que lo que me sucedió en aquel aeropuerto fue tan real y a la vez tan misterioso como el asesinato en Dallas de aquel presidente estadounidense.

*Djamena, julio de 2009.*

## ÍNDICE

El cobarde de la Línea 31 .....	9
<i>Teju'i</i> .....	19
Cuando un hijo en un arrebató .....	27
De larga distancia .....	35
<i>Bookcrossers</i> .....	39
La chiripa .....	51
Cinturón cohete .....	59
Bovarismo del artista cachorro.....	71
Misterio JFK .....	75
Asunción era una fiesta .....	85